

LIZARDI

FUNDADOR DE LA NOVELA HISPANOAMERICANA

Por LUIS IÑIGO MADRIGAL

contrae segundas nupcias y muere, años después, como un santo varón.

CRITICO SOCIAL

Esta abundancia de aventuras no impide la aún mayor de digresiones moralizantes. El oficio de Fernández de Lizardi es de crítico social, y si bien el sabor popular de su estilo y la fina observación de la realidad le permiten novelar dignamente, su vocación es otra.

Tanto que, aunque escribe otras tres novelas (La Quijotita y su prima, 1818; Noches tristes y día alegre, 1831; Vida y hechos del famoso caballero D. Catrín de la Fachenda, 1832), tan pronto como un cambio de Gobierno en España trae consigo la restauración de la libertad de prensa, en abril de 1820, José Joaquín Fernández de Li-

panoamericanas) con una visión crítica y trágica de las formas ordinarias de la vida americana, haciendo que la representación de lo cotidiano, de los personajes que lo habitan, de los lugares conocidos en que transcurre la acción dé lugar a consideraciones graves y sentenciosas, dentro del espíritu de una ética de la buena voluntad; ética de sometimiento a las estructuras dadas que limita los deberes del hombre a las estructuras existentes y a los principios que dividen los campos de la buena o de la mala conducta. Es decir, el tipo de ética que corresponde a una sociedad tradicional, en la que las normas morales se entienden «como un deber impuesto desde el exterior de la humanidad, reemplazando el éxito en este mundo y las realizaciones concretas del hombre en la tierra por la esperanza de algún premio en el más allá, abstractamente desvinculado del más acá de la vida humana», sin que todo lo dicho sea obstáculo para que el tono de El Periquillo Sar-



Un grabado antiguo de México y, a la derecha, la portada de «Don Catrín de la Fachenda» y «Noches tristes y día alegre».

zardi vuelve definitivamente a las filas del periodismo político que había abandonado casi por accidente.

Más importante que la aparición «accidental» de la novela en América es el que surja precisamente en México, país que, a través de su peculiar desarrollo, había llegado a una suerte de capitalismo comercial que, ya en 1808 se manifiesta políticamente en un enfrentamiento entre elites peninsulares y criollas, y, en septiembre de 1810 proclama, en la voz del cura Hidalgo, su revolución por el Rey, por la religión, por la Virgen india de Guadalupe, pero contra los peninsulares, sin que nada de ello signifique un intento de destrucción total de las bases económicas del sistema colonial.

Importante es también el que, en consonancia con tales contradicciones, El Periquillo Sarniento (y la totalidad de la obra novelesca de Lizardi), aunque opte por posibilidades narrativas inauguradas en la novela picaresca española, las combine (como el resto de las novelas «neoclásicas» his-

niento, didáctico, ejemplarizador y edificante, culpe de los desvíos del personaje justamente a la sociedad estancada y viciosa en que se desenvuelve.

A caballo entre una sociedad cuya estructura no permitía la novela y otra que desde los inicios estaba marcada por el fracaso, la primera novela hispanoamericana es en sus palinodias, obra fundamental para la dilucidación de las características literarias e históricas del continente.

No se lea en las líneas precedentes una censura de José Joaquín Fernández de Lizardi. Fundador de la novela hispanoamericana, autor de una vasta obra que incluye más de trescientos folletos, periódicos, obras de teatro, fábulas, El Pensador Mexicano murió en 1827, tuberculoso y en la mayor miseria.

Un examen respetuoso de su obra, que trate de rescatar su sentido a partir de la historicidad a que pertenece, es un homenaje necesario en este año del bicentenario de su nacimiento.—■